

con constancia, energía y firmeza, no bastase para salvar la difícil situación que atravesamos, acreditará siempre los esfuerzos que con la mayor sinceridad y buena fé hemos empleado, para corresponder á la confianza con que V. M. nos honra, llamándonos á tomar parte en su gobierno; y para satisfacer al mismo tiempo el deseo de la inmensa mayoría de la nación, que es ver consolidado el Imperio por medio de una administración justa, que respetando los derechos de cada uno, asegure la felicidad de todos.»

El Sr. Lares cuando fué ministro del general Santa Anna, no pudo contrarrestar el despotismo tan funesto que desplegó el dictador, y fué arrastrado por el torrente: tampoco pudo volver á la administración del general Miramon el prestigio que habia perdido; y sin embargo era una persona que merecía la consideración y la confianza de la sociedad, por su laboriosidad, su grande instrucción y sus intenciones rectas. De manera, que desde que se le vió entrar al ministerio, se vió aparecer un rayo de luz en el borrascoso horizonte político, y mas esperanza se concibió al aparecer en público el plan que acabamos de ver, que es una obra de las que mas honran la vida pública del ilustrado y buen mexicano que lo concibió, conciliando en él los principios del orden, con los de una justa y verdadera libertad.

Conforme al mismo plan se completó el Ministerio, quedando nombrado Presidente del Consejo de Ministros el mismo Sr. Lares, y encargando las carteras de la Casa Imperial á D. Luis Arroyo, la de gobernación á D. Teófilo Marin, la de justicia á D. Manuel García Aguirre, la de fomento á D. Joaquín Mier y Terán; el ministerio de negocios extranjeros quedó encargado al Sub-secretario D. Juan Nepomuceno Pereda; y los de guerra y hacienda que habian estado á cargo de los franceses d'Osmont y

Friant, fuerón encargados el primero al general D. Ramon Tavera y el segundo á D. Joaquin Torres Larrainzar, que se separó pocos dias despues, quedando la cartera al cargo del Sub-secretario D. Mariano Campos.

En el consejo de Estado era presidente el Sr. D. José María Lacunza, vice-presidente D. José Hilario Elguero, y consejeros D. Urbano Fonseca.—D. Jesus López Portillo.—general D. José L. Uraga.—D. Manuel Silioco.—D. Vicente Ortigoza.—D. Pascual Almazan.—D. Santiago Vidaurri.—D. José Linares.—D. Napoleon Saborio.—D. Manuel Cordero.—D. José María Cortés y Esparza.—D. Víctor Perez.—D. Manuel Orozco y Berra.—D. José Esteva.—General D. Vicente Miñon.—D. Luis Mendez.—D. Felipe Hernandez y el Reverendo Obispo D. Francisco Ramirez. Y para completar el número de las personas que debian formar el Consejo segun el decreto expedido para el efecto, se nombraron consejeros propietarios á los Sres. D. Luis G. Cuevas.—D. Antonio Fernandez Monjardin.—D. Joaquin Castillo y Lanzas.—D. Bonifacio Gutierrez.—D. Estévan Villalba.—D. Ignacio Aguilar y Marocho.—D. Juan N. Rodriguez de S. Miguel.—D. Alejandro Arango y Escandon.—D. Miguel Martinez.—D. José María Saldívar.—D. Gil Alaman.—D. Agustín Flores Alatorre.—Gral. D. Luis Tola.—D. Joaquin García Icasalceta.—D. José María Andrade.—y Secretario D. Pedro Bejarano.

Tanto el Consejo de Ministros como el de Estado quedaban formados de una manera conveniente para el desarrollo del plan que debia seguir el gobierno; pero no correspondió el nombramiento de Prefectos superiores en los Departamentos, y á esto se debió muy pronto; que el Imperio se viera reducido á un radio muy corto de la Capital, y que acabara luego en el memorable sitio de Querétaro.

Si este ministerio no pudo tener la satisfaccion de ver llenos sus deseos, fué, porque cuando recibió el timon de la administracion pública, era ya sobrado difícil la situacion, el horizonte ya estaba cargado de antemano con nubes borrascosísimas que no estuvo en su mano conjurar, cuando los acontecimientos se precipitaron con una rapidez extraordinaria y faltó la enérgica y eficaz cooperacion de algunos empleados en los Departamentos, que dejaron abrir una brecha, por donde entró el enemigo; pero es indudable que el ministerio tuvo la gloria de haber afrontado una situacion comprometida, lleno de heroica abnegacion digna del mayor elogio.

Como para entónces era ya un hecho la reconcentracion del ejército francés para abandonar luego el país, se dictaron órdenes á las autoridades de los Departamentos que estaban frente á frente de la revolucion, para que activaran la formacion de fuerzas, facultándolos ampliamente para agenciár los recursos necesarios á este fin, para que á la retirada de las fuerzas francesas, las plazas quedaran aseguradas suficientemente. Las plazas que primero tenian que sentir el choque de los enemigos del Imperio y á donde se dictaron estas órdenes eran las de Guadalajara, Aguascalientes, Zacatecas y S. Luis, y por desgracia los Prefectos Superiores de ellas, no tenian todo el valor que demandaba aquella crisis. Es verdad que á S. Luis vino el valiente general Mejía; pero las enfermedades que contrajo con el clima pernicioso de Matamoros, lo tenian casi en una inaccion completa, y el día del peligro no hubo quien le hiciera frente para conjurarlo.

El gobierno dictó algunas medidas enteramente conformes con la política iniciada en el plan de 12 de Setiembre y esto despertaba la esperanza ya casi muerta de la sociedad; pero era ya la luz que despide una antorcha

para apagarse, y que no hace mas esplendentes sus visísimos reflejos, sino para hacer mas espesas las tinieblas que le suceden. ¡Había sonado la hora del trágico desenlace del Imperio!

Por el vapor inglés que llegó á Veracruz el 28 de Setiembre recibió el Emperador noticias exactas del mal éxito que en Paris habia tenido el último esfuerzo de la Emperatriz; y esto no podia dejar de afectar profundamente el ánimo de Maximiliano. Luego el día 16 de Octubre llegaron á México dos despachos telegráficos, puestos uno en Roma por D. Martin Castillo y otro en Miramar por el conde de Bombelles, en que anunciaban el estado de demencia de la infortunada Emperatriz Carlota; y esto era un golpe mucho mas fuerte para el Emperador Maximiliano, que no solo lo hacia retraerse de los negocios públicos, sino que lo hizo pensar en el partido que debia tomar respecto de su permanencia en México.

Una de las grandes desgracias del Emperador desde que vino á México, fué estar siempre rodeado de extranjeros, que como no cuidaban sino de su comodidad y provecho, y para nada tenian en cuenta el bien del país, que ni conocian, en esta ocasion tan crítica, la primera voz que oyó fué la de tres de esos extranjeros que tan funestos fueron á México, el Dr. Basch, el consejero Hersfeld y el director del museo Bilimetz: los tres aconsejaron pésimamente al Emperador que abdicara y se retirara del país; y segun la confesion del mismo Dr. Basch, desde esa misma noche quedó tomada esa resolucion.

Luego que el lamentable estado de la Emperatriz se hizo público, el ministerio en cuerpo dirigió al Emperador una carta en que le significaba todo su dolor, y le avisaba también haber participado tan triste acontecimiento á los Sres. Arzobispo y obispos del Imperio, para que se

dignaran en todas partes dirigir preces al Altísimo por la salud de la Emperatriz.

El emperador sin dar á conocer su resolución de abandonar al país, se encerró en el castillo de Chapultepec, para lo que le servia de buen pretexto el estado de natural y justa angustia en que se hallaba su espíritu; pero de aquel aislamiento empezó á preparar las cosas para realizar su separacion del país. Empezó á despachar algo de sus equipajes á Veracruz; y con objeto de tener el camino expedito hasta aquel puerto, escribió al general Bazaine diciéndole que en aquellos dias esperaba á la emperatriz, para lo cual deseaba que tuviera bien asegurado el camino, para que sin peligro alguno fuera conducida á la capital su esposa, que confiaba al cuidado del Mariscal.

Estas y otras medidas semejantes dieron á conocer al ministerio las verdaderas intenciones del Emperador, no obstante que aun dictaba medidas del mayor interes, pues en aquellos momentos se trataba de un sínodo entre los Prelados de la Iglesia mexicana, para el cual nombró S. M. comisario imperial *ad hoc* al Sr. Lic. D. Antonio Moran, cuyo nombramiento fué hecho el 20 de Octubre; pero conocida la resolución que el Emperador tenia de abdicar, el ministerio creyó que cesaba el compromiso que lo hubiera ligado para con un soberano que abandonaba su puesto; y el mismo Sr. Lares Presidente del Consejo de ministros, presentó un documento en que constaba la renuncia de todos en caso que el Emperador insistiera en su resolución.

Esta determinación de los ministros que habían tenido la suficiente abnegacion para hacer frente á una situacion bien complicada, desagradó á Maximiliano y al mariscal Bazaine: al primero, porque era un obstáculo para sus proyectos de acercarse á Veracruz sin llamar la atencion, para abdicar cuando ya estuviera embarcado ó

á lo menos en el puerto; y al segundo, porque de esa manera se hacia pública la terminacion del Imperio, antes de que todas sus fuerzas se hubieran reconcentrado en la capital, corriendo grave riesgo el ejército en su retirada, despues de terminado el gobierno. Por esto el mariscal Bazaine empleó cuantos medios pudo hasta el de la amenaza, para que el ministerio continuara, lo cual habria sido inútil, pues nada hubiera intimidado á aquellos hombres para llevar á adelante una resolución á que, no solo tenían derecho, sino para lo cual quedaban autorizados con la conducta que con ellos se habia observado, dejándolos complicados en una situacion de que ellos absolutamente no eran responsables; pero el Emperador tomó mejor camino para salir del apuro, aunque era bastante malo, porque con él engañaba á los hombres que le habian sido leales. Este fué el de asegurarles que solo iba á Orizaba en busca del restablecimiento de su salud y por estar mas cerca de Veracruz, para recibir con mas oportunidad las noticias de la Emperatriz, debiendo seguir el gobierno su curso regular en el despacho de todos los negocios, el cual seria como cuando S. M. habia estado tambien en Cuernavaca. Y de esta manera salió de México el 21 de Octubre, escoltado por trescientos hombres.

Al llegar el Emperador al pueblo de Ayotla llegaba tambien el general Castelnau, á quien Napoleon habia mandado con facultades extraordinarias sobre el mariscal Bazaine para disponer la salida del ejército francés: para procurar la abdicacion del Emperador Maximiliano, á fin de que, de esa manera el ejército francés saliera del país sin que se tuviera ese acto como una infraccion del tratado de Miramar; y á la vez, para que procurara que el mando de México, quedara en cualquiera gefe de los republicanos que no fuera D. Benito Juárez, para que el gobierno nuevamente creado pudiera garantizar la deuda

y los intereses de Francia. Este último era muy difícil de conseguir, porque el gobierno de D. Benito Juárez estaba inmediatamente protegido por el de los Estados Unidos, que en 20 de Octubre nombraron Ministro plenipotenciario á Mr. Campbell cerca del gobierno de Juárez, y le anunciaban quedar fuerzas por mar y tierra, para apoyar la misión que se le confiaba.

El emperador se negó á recibir allí al general Castelnau, y uno y otro siguieron su camino; este para México, y el emperador para Orizaba á donde llegó el día 27 de Octubre, siguiendo adelante sus preparativos para realizar su pensamiento de abdicacion, una vez que hubiera podido allanar todas sus cosas para su viage.

La capital estaba como era natural en la mayor alarma, y lo mismo se hallaba todo el país: el mariscal Bazaine habia ordenado á los gefes de las fuerzas mas distantes, que se reconcentraran; pero de manera, que al abandonar una plaza la dejaran entregada ó expuesta á caer pronto en poder de los republicanos, para obligar por este medio al gobierno Imperial á quitarse de la escena pública, y tener ocasion de tratar con alguno de los enemigos del Imperio, conforme á los deseos del emperador Napoleon. Y esto daba por resultado; que los republicanos adquiriesen mucho tertenó, no porque lo ganaran en el campo de batalla, sino porque las plazas les quedaban á su disposición, mediante aquel general trastorno.

El general Escobedo con los grandes recursos que le puso en su mano el triunfo de Santa Gertrudis, la ocupacion de Matamoros por la capitulacion que en ella hizo el general Mejía con el general Carbajal, y las de Monterrey, Saltillo, Matehuala y Catorce por el abandono que de ellas hicieron las tropas francesas, se vió muy pronto en estado de amagar seriamente á S. Luis. El general Corona gefe de las fuerzas en los Departamentos de Occi-

dente iba tambien ocupando las plazas que abandonaban los franceses, y pudo pasar hasta el Departamento de Jalisco, porque la fuerza mexicana que lo pudo impedir, estaba al mando de D. Manuel Lozada, indio del Nayarit, cuyo valor y astucia lo habian elevado hasta el grado de general; y que disgustado con el gefe frances en una expedición, y viendo el trastorno general en que estaba el imperio, se declaró neutral en aquella contienda, permitiendo así el avance del general Corona. La plaza de Oaxaca, atacada por el general D. Porfirio Diaz, tuvo que capitular por falta de elementos para continuar su defensa. El general D. Ignacio Alatorre, que antes se habia sometido al Imperio, firmando un documento en que se obligaba á no tomar jamás las armas en su contra, se volvió á poner en campaña en el mes de Setiembre, y acacullaba las fuerzas del distrito de Jalapa. Los generales Régules y Riva Palacio alentados con el estado general, aumentaban sus fuerzas en los departamentos de Morelia y México; y entre tanto recibia órdenes de abandonar las plazas, la guarnición francesa de Durango á donde se dirigia de Chihuahua D. Benito Juárez, y la de Zacatecas, plaza amagada por las fuerzas republicanas mandadas por los Lics. D. Miguel Auza y D. Trinidad Garcia de la Cadena, que hacia un año que se habian lanzado á la revolucion sin ganar hasta entónces accion alguna, pero que al irse á abandonar la plaza que ambos pretendian tomar, los dos se titulaban gobernadores de ella. A mas habia otros muchos republicanos que entónces se lanzaron á las armas, sabiendo que las fuerzas francesas se retiraban sin combatir, y que les bastaba formar alguna fuerza aunque fuera sin los equipos necesarios, para tener algun título ante la república cuyo triunfo parecia seguro.

En medio de tan grande inquietud y de semejante cataclismo político, llegaron á Orizaba algunas comisiones

llevando representaciones de los ayuntamientos de México y Puebla, pidiendo al Emperador no abandonara al país en aquella situación: en el mismo sentido le escribió á S. M. el capitán Pierron, jefe francés ilustrado y muy sincero que habia servido en el gabinete particular del Emperador, portándose con él con bastante lealtad, aconsejándole lo mas conveniente para su honra y el bienestar del país, en aquellos momentos de general conflagración. Casi al mismo tiempo le llegó al Emperador noticia de Europa, de que su hermano Francisco José no le permitiría entrar en los dominios de la casa de Austria; y á la vez recibió una carta de su madre la archiduquesa Sofia, que desagradada altamente de la fea conducta de Napoleon, le aconsejaba á su hijo, que antes de someterse á las exigencias de los franceses, se sepultara entre los escombros de México.

No podia ser, en vista de todo esto, mas angustiada la situacion del Emperador, quien aunque viera la necesidad de hacer un esfuerzo para conservar el Imperio, en aquellos momentos se veia absolutamente sin ejército, y carecia de gefes activos, de valor y de prestigio que lo pudieran improvisar tan pronto como lo demandaban las exigencias de aquella terrible crisis. Pero entónces llegaban á Veracruz los generales Márquez y Miramon, que desembarcaron el 9 de Noviembre: el primero volvia de Europa porque habia sido llamado por el Emperador antes de su resolucion de abdicar; y el segundo, sabiendo en Europa el desenlace que iba á tener la intervencion, se vino á observar de cerca los acontecimientos de su país, para estar en aptitud de hacer lo que las circunstancias demandaran. El general Márquez marchó luego á Orizaba, é informando al Emperador de la llegada de Miramon, se le llamó luego por el telégrafo: este valiente jefe, acusado de haber vuelto á México con intencion de pronunciarse

en contra del Imperio se portó con tanta lealtad, que viendo al Emperador vacilar, le aconsejó permaneciera en el trono de México, ofreciéndose á pelear por su causa, hasta hacer el sacrificio de su vida si era necesario, lo cual demostró ser cierto, con su conducta ulterior y su gloriosa muerte en Querétaro. Esto hizo ya al Emperador tener una base de confianza, porque contaba con dos generales de prestigio, y uniéndose á ellos el general Mejía cuando sus enfermedades lo permitieron, tenia ya tres militares de grande importancia que harian frente á la difícil situacion del Imperio.

Hemos referido los hechos que tuvieron lugar, sin poder afirmar cual de ellos en lo particular, ó si todos en su conjunto ocasionaron el cambio en el ánimo del Emperador: lo cierto es, que él ya no pensó en abandonar el país llevado en esto, solo de su propio juicio y del consejo de los extranjeros que lo rodeaban, sino que citó á Orizaba los consejos de ministros y de Estado, para que resolvieran si el Emperador debia devolver al pueblo mexicano el poder con que lo habia investido, para lo cual habia que tener presente, tres razones: la continuacion y aumento de la guerra civil: la declarada hostilidad de los Estados Unidos; y el abandono que Francia hacia del gobierno Imperial, retirando sus fuerzas con infraccion de las obligaciones con que estaba ligado en ese punto.

El dia 22 de Noviembre se reunió la junta compuesta de veintitres miembros de los dos Consejos; y despues de tres dias de discusion, el 24 se resolvió la cuestion, votando los Sres. Siliceo, y Cortés Esparza porque el Emperador debia abdicar: el Sr. Lares con otras nueve personas, por la continuacion del Imperio; y el Sr. Lacunsa con otros diez consejeros, dijeron que debia aplazarse la abdicacion, lo cual importaba la continuacion del Imperio, sobre cuyo extremo hubo entónces 21 votos de los 23 de que se com-

ponia la junta, y el Emperador conformándose con esta resolución, determinó su vuelta á México. Grande fué el entusiasmo que se manifestó en Orizaba ese día por aquella resolución; y lo mismo en Puebla, México y demás lugares á donde se pudo comunicar luego por el telégrafo. El Emperador se volvió luego á la capital, recibiendo crecidos testimonios de alegría con que todos los pueblos veían la resolución que se había tomado en Orizaba; y como la necesidad á que debía atenderse de preferencia era á la de la guerra, dividió el país en tres grandes divisiones confiándolas á los generales Miramón Márquez y Mejía comprendiendo la primera los Departamentos de California, Sonora, Sinaloa, Chihuahua, Durango, Jalisco, Nayarit y Colima; la segunda, los de Guanajuato, Querétaro, Michoacan, Toluca, México, Tulancingo, Tlaxcala, Puebla, Iturbide, Guerrero, Veracruz, Oaxaca y Tehuantepec; y la tercera los de Coahuila, Nuevo Leon, Matamoros, Tamaulipas, S. Luis, Matuhuala, Aguascalientes y Zacatecas.

En los mismos dias en que tenia lugar la resolución de Orizaba, llegaban á Zacatecas las fuerzas que guarnecían los departamentos de Durango y Fresnillo, tanto francesas, como mexicanas: las primeras debían seguir su marcha hasta salir del país; y las segundas debían permanecer en Zacatecas, pues el prefecto superior D. José María Saldierna tenia orden de reconcentrar allí aquellas fuerzas y con todos los elementos de que pudiera disponer, salvar su Departamento, en combinacion con San Luis, Aguascalientes y Guadalajara. Los elementos con que el Sr. Saldierna debía hacer la defensa que se le confiaba, era una fuerza de mil quinientos hombres, compuesta del 2º regimiento de caballería, uno de los mejores cuerpos que ha tenido el ejército mexicano, un cuerpo de infantería de los cazadores de México, dos compañías del 5º de in-

fantería, la guarnicion de Fresnillo y un cuerpo militar de caballería, todo en buen estado y con suficiente parque, con diez y nueve piezas de artillería; y para entónces, con solo los recursos ordinarios tenia en las cajas un sobrante de cuarenta mil pesos. Estos elementos en otras manos, pudieron haber valido mucho para contener allí el desquiciamiento; pero el Sr. Saldierna participando de la general desmoralizacion, desoyó los consejos de todas las personas que lo estimulaban á cumplir con su deber; desobedeció las órdenes del gobierno; y el día 29 de Noviembre, abandonó la ciudad, á la misma hora que salia el ejército francés.

Luego que el general Mejía supo en S. Luis este acontecimiento, mandó órdenes á los gefes de la fuerza mexicana, para que en Aguascalientes se contuvieran y defendieran aquella plaza; pero ni esta excitativa, ni una orden directa del ministerio dada por telégrafo hasta Leon, pudo contener al prefecto Saldierna, que á gran prisa marchó hasta México, perdiendo todos los elementos que sacó de Zacatecas; y siguiendo su ejemplo el prefecto de Aguascalientes general D. Manuel Arteaga, abandonó tambien la plaza el 17 de Diciembre.

El general Mejía que se hallaba en San Luis, enfermo y sin recursos, porque no tuvo quien secundara sus esfuerzos, se vió entónces mas comprometido, con el abandono de Zacatecas y Aguascalientes; y tuvo que salir de la plaza para salvar su poca fuerza, que estaba amagada por la de los gefes republicanos, Treviño y Escovedo.

La pérdida de Zacatecas y Aguascalientes, influyó tambien en el abandono de Guadalajara, de donde había salido una columna á la orden del general Chacón, para asegurar las plazas de Zapotlan y Colima; y como uno de los cuerpos que llevaba era de los Cazadores de México, formado de franceses voluntarios con licencia de sus